

Un hombre de un minúsculo tamaño estaba encima de su mesa, vestido con una toga y observando el libro que había caído al suelo con severidad. «Jovencita, los libros no deben ser dañados ya que son una gran fuente de conocimiento, así pues, si no le importara recogerlo».

Confundida por la presencia del hombrecillo, se agachó torpemente para obtener el libro y volver a mirar fijamente los ojos de dicho hombrecillo, el cual una vez comprobó que el libro estaba en perfectas condiciones se presentó. «Permítame presentarme, soy Monseñor Georges Lemaître, sacerdote. Y he venido para ayudarle a estudiar la teoría del *big bang*». Conmocionada, le miró y comprendió que a eso se debía que fuera vestido como un cura; sin embargo, de dónde había salido, por qué era diminuto y lo que era más importante: cómo un sacerdote le iba a enseñar a comprender esa teoría. Decidió que su objetivo esa tarde era estudiar, por lo que realmente no le importaba quién le explicara la lección, siempre y cuando lo entendiera para mañana, por lo que se sentó mirando fijamente al diminuto sacerdote y le pidió que se lo aclarara, a pesar de estar muy nerviosa. Asombrada por la facilidad del sacerdote al hablar de ciencia y explicarle la teoría del *big bang*, comenzó a tomar notas y a levantar la mano como si de una clase se tratara y, con el mayor respeto posible, a preguntar sus dudas.

Tras la explicación, la muchacha había comprendido perfectamente la teoría, por lo que el sacerdote decidió marcharse tras haberle preguntado la teoría para comprobar que se la sabía. Lo más asombroso de todo fue cuando justo antes de desaparecer, enigmáticamente, le dijo: «Debes crear tus propias opiniones, no te conformes con creer en lo que los demás creen, ya que pueden estar equivocados; y escucha siempre las opiniones o teorías de los demás, ya que puede que sean erróneas, pero siempre podrás aprender algo de ellas. No pienses sandeces como que la ciencia no puede ser compatible con tus propias creencias; al fin y al cabo, yo soy sacerdote y fui el primero en formular la teoría del *big bang*. No te conformes, infórmate». Y desapareció de su escritorio como si nunca hubiera estado allí. Como si de un sueño se hubiera tratado. Pensó en las últimas palabras que le había dicho: «No te conformes, infórmate». Quizás las ideas sobre la creación del mundo que ella creía desde pequeña fueran compatibles con el *big bang*, o quizás no, pero eso a ella ya no era lo único que le importaba. El sacerdote tenía razón, no debía conformarse con las ideas de los demás.

Desde ese día se cuestionó todas y cada una de las cosas que pasaban por su mente, haciéndose sus propias ideas e informándose sobre la materia, sin dejar de escuchar y respetar por ello las opiniones ajenas.

